Se vende miedo

de Noé Denia

© Copyright

A mi gran amigo Rubén Pavón,

quien tuvo la maestría de inspirarme.

¡No hay hoyo lo suficientemente profundo

que pueda enterrar nuestros anhelos!

Notas importantes

- Todas las voces masculinas de la radio, son la misma voz, es decir, la del actor que interpreta al hombre.
- En cambio, las voces femeninas son interpretadas por diferentes actrices.
- Durante toda la representación, del exterior llegan sonidos de todo tipo: coches que pasan, niños jugando, operarios trabajando, etc.

- Este símbolo (…/) nos indica que las réplicas se solapan.
- Los puntos suspensivos al final de verso, dejan la frase “abierta”.

(Flanqueado por un techo de cañas y ramas, un agujero muy profundo excavado en la tierra. En su interior, una radio antigua, una gabardina, camisa y pantalón, una caja de madera, un botijo, un cubo oxidado, cuerdas varias. En el centro, un tipejo cualquiera en calzoncillos y camiseta de tirantes duerme sobre cientos de papeles esparcidos por el suelo. Como almohada utiliza una maleta vieja mientras se cubre con una roída manta.)

Radio: Eres alguien que aún está por nacer. Busca el recuerdo más antiguo, el primero de la lista, porque ahí, justo en ese recuerdo lejano, empieza tu vida. Todo lo anterior es…es solo simiente.

(Asustado, se levanta el Hombre. Descubrimos que bajo la manta tenía una escopeta con la que apunta al techo de cañas.)

Hombre: ¿Qué queréis de mí? Venís a enterrarme vivo. Antes me pego un tiro. No pienso salir. No, no y no.

Radio: Ea, ea, tranquilo. Has tenido otra pesadilla.

Hombre: No recuerdo mi primer recuerdo. Según me contaron, nací en una mañana primaveral. Una nueva estación y una vida que brota. Buen presagio, ¿no? El campo me admitía de forma amable. La vida empezaba bien. No era consciente de lo que estaba por llegar.

Radio: Recuerda que la vida está supeditada a la existencia de alguien. ¿No te gustaría encontrar a ese alguien?

Hombre: ¡Cállate! Qué sabrás tú de la vida. A mí ya nadie me espera. *(Apoya la escopeta y se sienta.)*

La tragedia es que la vida solo puede germinar de la vida. Yo descubrí muy pronto que era hijo de la escasez, del hambre, de la pobreza y por eso "alguien" me educó en la supervivencia, en el ahorro, en el guardar por si acaso; para que no sufriera la desazón de no tener.

Radio: Consintamos respirar un instante a la paz aterrorizada en escuetas y alejadas orillas[1]. He aquí la consolidación del estado con sus nuevos gravámenes: 1. La impunidad del Estado es incuestionable. 2. La paz queda desterrada. 3. La guerra es necesaria.

Hombre: La guerra es solo para quien la hizo. No me saques siempre el tema de la guerra. La guerra son todas las pesadillas del mundo juntas. ¡Qué sabe nadie de la guerra! ¡Qué sabe nadie de nada! Yo solo sé de la oscuridad, de este ataúd y de la rutina que me mantiene con vida.

Radio: *(El Hombre, torpemente, realiza las actividades que describe la radio.)* Recuerda, antes de la guerra, te gustaba bajar las escaleras del metro, dejar la maleta en el suelo, sacar el billete del bolsillo del abrigo, recoger la maleta y entregar el billete. Comprabas el periódico y esperabas sentado

[1] Enrique IV. William Shakespeare. Traducción directa del original.

en el andén hasta sentir el empuje del aire enrarecido; señal inequívoca de la llegada del metro.

Hombre: Ahora, todo aquello es solo un recuerdo. Uno de tantos, pero mantengo la disciplina. Las rutinas lo son todo.

Radio: Quizá, solo eres un recuerdo. La silueta de una pesadilla.

Hombre: Disfrutas haciéndome sufrir. Sí, muy bien, me obstinaba en repetir aquel ritual antes de llegar al teatro. Nunca supe discernir muy bien cuando comenzaban y cuando acababan los ensayos, ya lo sabes. Creo que, durante aquellos escasos meses de mi vida, viví en una preparación constante. Y aunque todo aquel ritual estaba en modo de piloto automático, nunca hubo dos días iguales.

Radio: La vida se construye con días desiguales.

Hombre: *(Vierte un poco de agua en el cubo y se asea.)* Fui un joven feliz, no lo puedo negar. ¿Mi culpa? Saber leer y escribir de bien jovencito. ¿Recuerdas como el maestro del pueblo se la jugó por mí? Por las tardes, y a escondidas, venía a mi casa a enseñarme las lecciones. A hurtadillas es como los pobres aprendemos. Según el cacique del pueblo…/

Radio: ¡Quien no pueda pagar el impuesto de educación, no tiene derecho a ir a la escuela!

Hombre: Vaya un malnacido. *(Se seca con una toalla vieja y raída.)* Es importante el aseo personal. Y mientras tanto, mis padres se partían el lomo en sus tierras. Pero aprendí rápido las lecciones. *(Pícaro.)* Cuando quisieron darse

cuenta, leía en voz alta el periódico en la plaza del pueblo y la gente comenzó a hacerse preguntas.

Radio: Lo recuero: ser de izquierdas o de derechas no debe definirnos. Lo importante es saber si el que tengo delante necesita algo de mí, y al revés, pero sobre todo qué puedo ofrecer. Porque todos tenemos algo que ofrecer.

Hombre: *(Recuperando la tierna edad de la juventud.)* ¿Qué os guastaría ser?

Radio: Yo quiero ser ministro. Yo quiero ser futbolista. ¿Podemos elegir ser de otro país?

Hombre: Respondéis imposibles a una pregunta trampa. *(Muy digno, o todo lo digno que se puede ser con catorce años.)*

R y H: Yo quiero ser yo mismo. Ser de izquierdas o derechas es una de las infinitas maneras que tiene el hombre de ser un imbécil[2]. Cuando alguien te haga la obscena pregunta de si eres de izquierdas o derechas, en vez de responderle, pregúntale qué piensa del hombre, de la naturaleza y de la historia. Pregúntale qué es la sociedad, el individuo, el Estado, la democracia y la libertad.

Hombre: *(Sufre un fuerte ataque de tos.)* Se me atragantan los recuerdos de una juventud perdida para siempre. Años de trabajo, de estudios, de esfuerzos para escamotear las garras de un destino cruel. Nadie ha sabido comprender la locura colectiva de un pueblo semianalfabeto y desquiciado.

[2] *La rebelión de las masas*, de José Ortega y Gasset.

Radio: Los muertos no conocen a los muertos[3]. Los pobres sois abono de secano.

Hombre: *(Poco a poco, y con dificultad, se va vistiendo)* En esa plaza, en ese justo instante, comenzó mi descenso infinito: descubriendo que soy hijo de un atardecer cegador. Emperrado en cambiar un mundo donde todos somos iguales, aunque algunos seamos más iguales que otros.

Radio: *(Voz maternal e hijo. Durante el dialogo el hombre sigue con su rutina.)*

¿Cuántas veces te he dicho que no confíes en nadie? Dime, ¿cuántas? Un par de monedas harán de tus amistades tu peor enemigo.

¡Ay!

¡Hijo, estás lleno de liendres! ¿Por qué siendo tan joven te empeñas en cambiar las cosas? Deja las cosas como están y no te metas en problemas.

¡Ay!

Sino paras de moverte, te va a doler más.

Madre, pero sino me estoy moviendo. ¡Ay!

Hijo mío, las personas odian más que aman. No confundas la política con los buenos sentimientos pues es propio de tontos hacerse el tonto. Hay mucho "huelebraguetas" por ahí, y hasta el más idiota hace favores.

¡Ay mamá, no tires tan fuerte!

[3] Verso del poemario *Al sur de los limes*, de Manuel Alcántara.

Hijo mío, en la juventud, piojos son salud. ¿Sabes lo qué le falta al hombre? Saber resignarse. No te fíes de nadie, pues nadie se fiará de ti. Bueno, parece que ya está. Mañana te corto un poco el pelo. Va, deja esos libros ya y vámonos a dormir.

Madre, por suerte la cabeza no es solo para tener piojos. ¿Los ricos tienen piojos?

Los ricos tienen otros problemas. Tú recuerda esto bien: que el miedo no te prive de la auténtica libertad.

Mamá, ¿los ricos tienen miedo?

Hombre: Solo quiero tumbarme y descansar. *(Ruido de excavadoras y operarios. Coge la escopeta y apunta al techo.)* Seguro que os envía Don Florentino. Me cago en la leche, el mismo al que tuve que enriquecer con tan solo once años. De casa al trabajo y del trabajo a casa. ¡Y que no falte el trabajo! Y así un año tras otro. Hasta que un día, con dieciséis años, dije basta, y empecé a reunirme con otros compañeros.

Radio: Hay que organizarse. Compañeros, esto no es justo. Obedecer no es aguantar. Aguantar es envilecerse ¿Por qué no podemos acogernos a nuestro día de descanso? ¿Por qué no tenemos vacaciones? ¡Vacaciones pagadas!

Hombre: Y todos se reían.

Radio: ¿Eres tonto muchacho? ¿Quién te ha metido todos esos pájaros en la cabeza? Mira la tierra que pisas y da gracias que tienes algo para comer.

Si te emperras en llevar la contraria, tendrás muchos enemigos, chaval. Los jóvenes vivís como si no hubiera un mañana. Descomponéis las tradiciones. Los pobres sois insaciables. Agacha el hocico, que te irá mucho mejor. Ale, a trabajar.

Morir, cuesta sudor y trabajo, ya lo sabes. Hazme caso. Sal de una vez, aquí dentro vas a pudrirte.

Hombre: Si tuviera donde ir… *(Gritando.)* España la pudrieron los españoles. Los que no se ganan el pan con el sudor de su frente, no son de fiar. Ganar dinero con el esfuerzo de otros debe ser emocionante, hasta excitante.

Tengo que beber, necesito beber. *(Bebe del botijo.)* El hambre se puede tolerar, la sed no. *(Bebe otra vez.)* La sed te quema las entrañas.

Yo, ahora, a mi rutina. A escribir. ¿Dónde está el lápiz? *(Busca entre los papeles.)*

Radio: ¿Y los calcetines?

Hombre: Me gusta tener los pies al descubierto, ya lo sabes.

Nunca fui de asociarme a nada. Es verdad que me acerqué a alguna que otra charla sindical. Lejos de mi pueblo, por supuesto. ¿Dónde estará ese maldito lápiz? Yo no quería sindicar con nadie. La intuición me echaba para atrás. La intuición me ha salvado de mucha. Yo solo quería saber, entender, tenía curiosidad. Tenía que haber algo más que trabajar como mulas.

Radio: Chaval, ¿tú que dices? ¿Te unes al movimiento?

Hombre: Uy, ustedes déjenme a mí con mis cosas, en mi trabajo y cuando les haga falta pues me llaman y si hay que echar una suscripción, yo ayudo.

Radio: Pero es que eso no es participar por la causa.

Hombre: Se oyen cosas por ahí. Se queman iglesias, se matan curas, se violan mujeres. Eso está mal. Igual de mal que lo que nos hacen a nosotros.

Radio: Algo tendremos que hacer, ¿o es qué te crees que la revoluciones se hacen solas?

Hombre: Yo soy más revolucionario que todos ustedes juntos y desde hace mucho más tiempo, pero éstos no son formas. Yo les demostraré como se hacen las cosas.

¡Por fin! *(Encuentra el lápiz.)* Aquí estabas, cucaracha escurridiza.

(Coge un fajo de papeles ya usados y escribe donde puede.)

Poco a poco empecé a caminar estirado. Hablaba con firmeza. No me doblegaba la injusticia. Don Florentino no podía soportar que un muchacho pobre le fuera con exigencias y pretendiese organizar a sus trabajadores. Hasta entonces sumisos, dóciles y medio esclavizados. Efectivamente, allí no había partidos políticos, no había derechas e izquierdas. Únicamente había ricos y pobres.

Radio: Tú siempre lo has tenido claro: ni político, ni banquero.

Hombre: Nunca comerciaré ni con el sudor, ni con los anhelos de la gente. ¿Me has oído? ¡Nunca!

Te voy a contar un secreto. En una huelga donde reclamábamos un aumento de salarios y condiciones dignas, ese cacique malnacido, me acusó de ser el instigador, el alentador de la masa.

Radio: ¡La masa es todo aquel que no se valora a sí mismo!

Hombre: ¡Eso es! Cómo iba yo a ser líder de ninguna masa. Pues ahí fue cuando empezaron a llamarme el rojillo.

Radio: Aún os llaman así: los rojillos. Ya no os matan, pero os corrigen por el nombre.

Hombre: Menudos cabrones. Al final, sin yo quererlo, me apuntaron en alguna lista sindical y empezaron a perseguirme.

Radio: Señoras y señores, no se pierdan esta tarde, la actuación de la compañía La Barraca. Representarán la obra: Mariana Pineda, de Don Federico García Lorca.

(Voz de actriz.) No es hora de pensar en quimeras, que es hora de abrir el pecho a bellas realidades cercanas de una España cubierta de espigas y rebaños, donde la gente coma su pan con alegría, en medio de estas anchas eternidades nuestras y esta aguda pasión de horizontes y silencio. España entierra y pisa su corazón antiguo, su herido corazón de península andante, y hay que salvarla pronto con manos y con dientes. España entera calla, ¡pero vive! ¡Os doy mi corazón! Dadme un ramo de flores; en mis últimas horas quiero engalanarme. Quiero sentir la dura caricia de mi anillo y prenderme en el pelo mi mantilla de encaje. Amas la libertad por encima de todo, pero yo soy la misma Libertad. Doy mi sangre, que es tu sangre y

la sangre de todas las criaturas. ¡No se podrá comprar el corazón de nadie! Ahora sé lo que dicen el ruiseñor y el árbol. El hombre es un cautivo y no puede liberarse. ¡Libertad de lo alto! Libertad verdadera, enciende para mí tus estrellas distintas. ¡Yo soy la Libertad porque el amor lo quiso![4]

Hombre: *España entera calla, ¡pero vive!* Yo soy esa Libertad. *¡Yo soy la Libertad porque el amor lo quiso!* Todo por una bandera. Una bandera que huele a campo y sudor.

(Coge la maleta y se pone la gabardina.)

Eran las palabras que estaban en mi interior sin yo saberlo. Mariana Pineda existía en mí y yo en ella. Yo quería piarle a España. Las tablas, el teatro, se apoderaron de mí. El gran teatro del mundo a mis pies. Y me fui con los cómicos a Madrid. Por fin era libre.

Radio: *(El Hombre realiza perfectamente las actividades descritas por la radio.)* Bajas las escaleras del metro, y lo ensayas. Dejas la maleta, y lo ensayas. Sacas el billete, y lo ensayas. Recoges la maleta, y lo ensayas. Entregas el billete, y lo ensayas. Compras el periódico, y lo ensayas. Esperas, y lo ensayas. Esperas el ensayo mientras ensayas la espera.

Hombre: Una parte de mi rutina es ensayar. Soy el mismo ensayo en días desiguales.

(Sigue repitiendo los movimientos.) En Madrid todo era posible. En Madrid yo no era yo. Yo era Madrid. Un año y siete meses de ensueño, de

[4] Fragmento de la obra *Mariana Pineda*, de Federico García Lorca.

felicidad, de prosperidad, pero también de incertidumbre, de anhelos, de desasosiegos, y de amoríos. ¿Acaso el amor no es siempre un refugio?

Radio: ¡Adela! ¡Adela no te escondas! Volvamos al pueblo que nos la vamos a cargar. Adela ¿qué haces? ¿Por qué me besas? Adela… Quiero otro. ¡Adela vuelve!

Hombre: Amor en la juventud, esperanza en la niñez, en el adulto virtud, y recuerdo en la vejez[5]. Mi Adela…

(Vuelve a su rutina: ordenar los papeles, doblar la manta, etc.) Cuando uno está solo, tiene que aprender a buscarse amparos dulces y coquetos. Yo sonreía a todas, les lanzaba requiebros, pero sin confundir el amor con la lujuria. No he perseguido a ninguna, pero la que me buscó supo dónde encontrarme. El mundo sería mucho más justo si nos limitásemos a cumplir con el amor.

(Durante los siguientes audios, el Hombre guarda en la maleta algunos papeles y la manta. Al final, en una mano la maleta y en la otra la escopeta.)

Radio: ¡Hay que salvar a España! *(Los siguientes discursos suenan a la vez. Tienen que ser inteligibles.)*

[5] *Poesía escogida*. Ramón de Campoamor.

"Al espíritu revolucionario e inconsciente de las masas engañadas y explotadas por los agentes soviéticos se ocultan las sangrientas realidades de aquel régimen que sacrificó para su existencia veinticinco millones de personas, se unen la molicie y negligencia de autoridades de todas clases, que, amparadas en un Poder claudicante, carecen de autoridad y prestigio para imponer el orden en el Imperio de la libertad y de la justicia. ¿Es que se puede consentir un día más el vergonzoso espectáculo que estamos dando al mundo? ¿Es que podemos abandonar a España a los enemigos de la Patria, con proceder cobarde y traidor, entregándola sin lucha y sin resistencia? ¡Eso no! Que lo hagan los traidores; pero no lo haremos quienes juramos defenderla. Justicia, igualdad ante las leyes, ofrecemos. Paz y amor entre los españoles; libertad y fraternidad exentas de libertinajes y tiranía[6]."

"¡Obreros! ¡Campesinos! ¡Antifascistas! ¡Españoles patriotas! Frente a la sublevación militar fascista ¡todos en pie, a defender la República, a defender las libertades populares y las conquistas democráticas del pueblo! España entera se dispone al combate. En Madrid el pueblo está en la calle, apoyando al gobierno y estimulándole con su decisión y espíritu de lucha para que llegue hasta el fin en el aplastamiento de los militares y fascistas sublevados. ¡Jóvenes, preparaos para la pelea! ¡Mujeres, heroicas mujeres del pueblo! ¡Acordaos del heroísmo de las mujeres asturianas en 1934;

[6] Alocución por radio de Francisco Franco el 17 de julio de 1936.

¡luchad también vosotras al lado de los hombres para defender la vida y la libertad de vuestros hijos, que el fascismo amenaza[7]!"

Hombre: El 17 de Julio de 1936 me pilló la guerra en Madrid. Yo seguía ensayando. Pensaba en repetir mi rutina favorita y me ponía nervioso, me aturullaba. Sentía que bajaba las escaleras que no son, no encontraba mi billete, el quiosco estaba cerrado y esperaba en un andén mortecino. Para el ensayo de ese día, había preparado un personaje gallego que cuenta unos chistes cortos buenísimos. Quería sorprender al director y a mis compañeros.

(Haciendo de cómico gallego.) Buenas tardes. Vengo de la provincia situada más al noroeste de la península, destino de los muchos peregrinos que hormiguean por España, es decir, Galicia. Concretamente de Santiago de Compostela, aunque seguro ya se han dado cuenta por mi acento. Vengo a contarles unos chistes cortos buenísimos. Los médicos curarán el cuerpo, pero los artistas curamos el alma. Ahí que voy.

- El eco siempre dice la última palabra.
- Arreglar los problemas económicos es fácil, lo único que se necesita es dinero.
- El mago hizo un gesto y desapareció el hambre, hizo otro gesto y desapareció la injusticia, hizo otro gesto y desapareció la guerra. El político hizo un gesto y desapareció el mago.
- Voy a bailar a la pista de braille. Será de baile. Es que voy muy ciego.

[7] Discurso radiofónico de Dolores Ibárruri (*La Pasionaria*) el 19 de julio de 1936.

- ¿Qué tal he hecho el examen de levitación? Está usted suspendido, enhorabuena.
- Tú no te das cuenta, pero te tengo en el bote. Cállate y rema, idiota.
- ¿Vendes tu casa? Alquilo. ¿Y cuánto pesa?
- ¿De qué te gustaría trabajar? De lo que haiga. ¿Y seguir estudiando no quieres?
- Hola, cielo. ¿Cómo estás? Parcialmente nublado, con probabilidades de lluvia.
- ¿Cuál es su mayor fuente de inspiración? La nariz.
- En una escala del 1 al 10, ¿cómo se considera de despistado? Sí.
- He presentado toda la documentación para crear la Asociación de Daltónicos. ¿Y qué? Nos han dado luz verde. Qué hijos de puta.
- Nunca pensé que nuestro hijo llegaría tan lejos. Ya. Esto de la catapulta es la hostia. ¡Trae al perro y verás!
- Ha cometido usted un crimen matemático. Pues, lo asumo. Pues, lo arresto.
- Veo que ha puesto en su currículum, que es distraído. ¿Quién?
- Nunca me escuchas. Y yo a ti
- Perdone; ¿en qué sección están los libros sobre el sentido del gusto? Lo siento; sobre gustos no hay nada escrito.
- Bueno, entonces ¿Tú y yo qué somos? Pronombres cariño
- No me cuadra. Pues redondea.
- ¿Has entrado alguna vez en un laberinto? No. Pues no sabes lo que te pierdes.
- Te voy a dar una patada en el hueso de la pierna. Se dice tibia. Tibia dar una patada en el hueso de la pierna.

- ¡Qué maravilla, el cuadro que tienes colgado en esa pared! Es un Murillo. Pues en ese murillo.
- Ha ocurrido un incendio en el zoo... Se sospecha de las llamas.
- Cliente mata al abogado que le defendía... Debió perder el juicio.
- Mueren varios matemáticos... Se cree que hubo un ajuste de cuentas.
- Agotadas las existencias de tabaco en el país... Se teme que la gente pueda pasar a puros.
- ¿Cuál es su experiencia laboral como leñador? 25 años en el Sáhara talando árboles hacha en mano... ¡Pero si ahí, no hay árboles! ¡Ahora, no te jode!
- ¿De qué signo es tu mujer? Debe ser de exclamación, porque se pasa el día gritándome...
- ¿La aceptas como esposa en la salud, en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza hasta que la muerte os separe? Sí, no, si, no, no.
- Hola, ¿es aquí el club de imbéciles? Sí, pero... ¿qué hace con todo ese estiércol? Vengo a abonarme. Dios santo, pase, será el líder.
- Me siento solo. Yo también, sentarse es fácil.
- Yo soy ateo. Yo anolo, ucho gusto. El gusto es ío.
- Perdone, pero vamos a proceder al derribo del edificio contiguo. ¿Conmiguo?
- Las ventajas del nudismo saltan a la vista.
- El diabético no puede ir de luna de miel.
- Los mosquitos mueren entre aplausos.
- Mi padre vendió la farmacia porque no había más remedio.
- En España hay que hacer muy poco para tener contentos a los que votan.

Radio: Eres un cómico sin gracia, que ensaya en un escenario a cuatro metros bajo tierra. Eres un cómico que ha perdido la sensibilidad. Pero ensayas. Ensayas. Ensayas. Porque según tú: la rutina es la rutina, la rutina es la vida y la rutina lo es todo. ¿Sabes que es lo que creo? Que eres una rutina demasiado ensayada. Ensayas todos los días ante un público imaginario. Repites los movimientos como una marioneta vieja. Pendiente de que nadie te corte los últimos hilos. Una marioneta sin pulso. ¿Cuándo vas a rendirte?

Hombre: La vida no constituye una fuente de valor fiable. A veces duermo a pierna suelta, como un tronco, y sueño que el pesado telón cae sobre mí como una suave y tupida mortaja, causándome un indescriptible alivio. Y, sin embargo, presiento entre sueños, el terror previo al despertar. El maquillaje aún sobre el rostro y lejanos los aplausos imperceptibles. Y después, el silencio absoluto. Como cuando alguien está a punto de morir. Nadie dice nada. Todo es melancolía. La melancolía es una cosa muy seria para un cómico. El resto son abalorios y charlatanería.

No pude mostrar el personaje gallego. Ya no había ensayos. Tocaba hacer la guerra.

Radio: Adela, dame un beso. ¿Pero por qué no? ¿Cómo te vas a quedar embarazada con un beso, mujer? Juro que te querré siempre. Pase lo que pase. Que sí, mujer. Y aunque llueva y truene. Que sí. Y si hay una guerra nos buscaremos y nos casaremos. Te lo juro, pero dame otro beso. Un beso tuyo bien vale una guerra. Que la muerte nos encuentre con los labios trenzados.

Hombre: Mi Adela apareció en Madrid. Una mujer de palabra. Venía a cumplir su promesa. Y yo la mía. Nos casamos. Pasamos nuestra luna de miel en un pueblito de la sierra madrileña. Solo fueron dos noches. No había para más. Ella se volvió al pueblo y yo me fui a la guerra. No lo sabíamos, pero mi Adela se volvía al pueblo embarazada.

Radio: Qué mujer tu Adela. Cómo te la molieron a palos esos malnacidos.

Hombre: ¡Cállate! ¡Cállate o te muelo a palos! Tengo hambre.

(Coge un pedazo de pan que tiene envuelto en papel.)

Siempre guardo algo de comida. Por lo que pueda ser. Es curioso lo poquito que necesitamos comer para mantenernos con vida. Beber…eso es otra cosa.

Radio: *(Voz de mi Adela.)* Pero chico, ¿vas a hablarles a estas personas de mí, o qué? Siempre te ha gustado irte por las ramas. Te pierde esa lengua.

Hombre: Cuando me puse de mi Adela, ella tenía catorce años y ya era toda una real hembra. Como mi mujer, no hubo otra que pisara España: honrada, trabajadora, sacrificada. Cuando estuve escondido en la sierra, mi Adela me hizo llegar todo lo que pudo. Se ha quedado como un palo, consumida por las palizas que recibió en la cárcel y por las injusticias de que fue víctima. La pobre tiene mal el corazón y la tensión alta. Yo la quería, y la sigo queriendo mucho. Se puede querer mucho a una persona, pero en un caso como este, tan especial, lo mejor que pude hacer, creo yo, fue desaparecer de su vida.

Radio: *(Voz de mi Adela.)* Pero muchacho, no corras tanto. Siempre vas acelerado, como una flecha. Ten paciencia, que la paciencia es la madre de todas las ciencias. Las historias se cuentan en orden. Tú a la guerra, y yo a parir.

Hombre: Mi Adela bonita, cuánto hubiera dado por parir contigo…

Y sin aparente razón, fui empujado al campo de batalla. A la guerra que me fui. Es curioso cómo se organiza una guerra. No hay manuales. Se empieza, como se empieza a vivir: con miedo. En cuatro días me vi en una trinchera pegando tiros. La verdad, luchábamos sin saber por qué o por quién. No sabíamos qué protegíamos, ni de quién nos defendíamos. La mayoría eran analfabetos. Ya me dirás tú.

Radio: La guerra es como meterse en un río. Al principio el agua está fría, pero una vez estás dentro, nada estorba. El miedo se va con la corriente. Al cuarto de hora ya nada impresiona, ni los muertos, ni nada. Aceptas que en cualquier momento te pueden matar y ya está. Vas resguardándote, a tu avío.

Hombre: ¡Exacto! Todos decían que luchábamos por la independencia, ellos y nosotros; por llamarse guerra independiente. Así lo decían por los altavoces. Y ellos luchaban por lo mismo que nosotros. A última hora, parecía que aquello no iba muy bien. Se notaba por los mismos jefes. Decían que luchaban por la igualdad, porque todos fuéramos iguales. Mentira. Venía el suministro, por ejemplo, y lo mejor era para los jefes y lo más malo, para los soldados. ¿Eso es igualdad? Yo decía: ¡aquí hay diferencias! Y ni caso. Entrábamos en combate y todo el que podía se

echaba para atrás. Todo el que tenían una *miajilla* de mando se recogía y tiraba adelante a los soldados. ¡Pero si éramos los que menos comíamos! ¿Cómo van a ganar la guerra unos muertos de hambre? Así fue la guerra. La que por azar me tocó vivir. Hicimos la guerra de otros. Otros que solo se preocupan de llevar limpio el uniforme. En las trincheras, da igual el bando, se pasaba mucho miedo. Todo el mundo es capaz de lo mejor y lo peor en la guerra. El egoísmo es laberíntico[8].

Radio: Los que ganan las guerras también tienen miedo, y pesadillas. Pesadillas que producen mucho miedo. Un miedo que no se ve en los ojos, pero si un miedo que se huele. La guerra apesta a miedo.

Hombre: Cuando estás en la guerra, piensas en una vida mejor: cuando estás en la paz, piensas en una vida más cómoda[9]. Así son las cosas.

En la trinchera me adiviné como un tradicionalista. Amaba al mundo con sus imperfecciones. Prefería lo familiar a lo desconocido. Lo malo conocido a lo bueno por conocer. El hecho al misterio, lo real a lo posible, lo limitado a lo infinito, lo cercano a lo exótico, lo suficiente a lo sobreabundante, lo conveniente a lo perfecto, la risa del presente a la dicha utópica. La guerra solo beneficia a la idiotez.

Radio: Es triste tener que hacer una guerra para amar a la vida. Odiar para encontrar la poesía de la vida. Construirnos desde el rencor: soy esto

[8] *La rebelión de las masas,* de José Ortega y Gasset.

[9] *La piel de nuestros dientes,* de Thornton Wilder.

porque odio aquello. Los pobres quieren ser ricos, y los ricos quieren que los pobres quieran ser ricos. Cara y cruz de la misma ajada moneda.

Hombre: Justo. Los pueblos se habían vaciado de hombres. Cada hombre luchaba en el lado al que le había llevado la suerte, el miedo y la indecisión. La psicosis bélica presionaba sobre todos nosotros de tal forma que era imposible sentirse libre. Así pues, pasó lo que tenía que pasar.

Aunque en la guerra también hubo momentos buenos, pocos, pero alguno hubo. Sus trincheras estaban separadas de las nuestras por unos escasos cincuenta metros. En su trinchera había uno que tocaba la guitarra. Buena gente, se le notaba en el hablar. En un par de ocasiones me arranque a cantarle.

España es una trinchera, llena de hambre y de miedo.
España es una trinchera, repleta de hombres buenos.
Banderas ensangrentadas, cosidas por manos hermanas.
Puntadas de rabia y miel, acaban con la esperanza.

Otro día, me grita desde su trinchera: *Paisano, ¿cómo tienes el tono?* Y yo le respondía: *¿Y tú el temple?* Y él se reía. *Canta bien que si no salimos a tiros.* Y disparaba al aire porque se trataba de amistad. A veces, compartíamos un cigarro. Yo tenía papel de fumar y él tabaco. Era un tío simpático. Al llegar me decía: *¡Arriba España!* Y yo le respondía: *¡Viva la República!* Charlábamos un ratico y después cada uno se volvía a su sitio. A veces nos insultábamos, nos decíamos de todo.

Radio: ¡Rojillos, capullos, bellacos, zángano, ceporros, ganapanes, rastrapajos, palurdos, tuercebotas, sabandijas, meapilas, facciosos, comunistas!

Hombre: ¡Fascistas, cabestros, desgraciados, zotes sin Dios, roba jornales, piojosos sin patria, cazurros, tocapelotas, alfeñiques, peina ovejas, fachas! Y luego sacaban los altavoces para hablar mal de los jefes y nos decían que nos pasáramos a su bando. A ellos se les notaba unidos. Nosotros en cambio… El mal no tiene fisuras. Era todo un poco surrealista, la verdad. La república siempre fue reformista, no revolucionaria. Pero esto nunca se entendió.

Hay en España dos bandos, que se odian a muerte.

Dos bandos que, sin saberlo, son parte de una misma madre.

Ternura y comprensión, nos faltó al mirarnos.

Como nos han engañado, haciendo enemigos a dos buenos hermanos.

(El Hombre saca una carta y lee.)

Radio: *(Voz de mi Adela.)* Hola mi amor. Espero, desde lo más hondo de mi corazón, que estés bien. Cuando empezó esta maldita guerra, nuestro pueblo se quedó en el bando de los fascistas. A las mujeres, durante un tiempo, nos dejaban movernos con cierta tranquilidad. No sé muy bien cómo decirte esto. Una mañana aparecieron por mi casa unos de la falange. Te estaban buscando. Yo les dije que estabas en Madrid. Ellos decían que eso era imposible, que tú eres muy poco hombre para empuñar un arma. Y la emprendieron a golpes conmigo. Me golpearon mucho y muy fuerte,

pero ahora ya estoy bien. Mi amor, volví de Madrid embarazada. Me preguntaron que de quién estaba embarazada. Y como no me pude contener, les grité a la cara que de la libertad. Entonces me llevaron a comisaría. Allí me hicieron cosas propias de salvajes. Mi amor, he perdido a nuestro bebé. No quiero que esta carta te derrumbe, todo lo contrario. Todas las guerras fracasan, y ésta fracasará como todas las anteriores, porque no existe la victoria perpetua. Al fin y al cabo, sobrevivirán las mejores ideas. Y tú eres una de las mejores ideas de este país. Recuerda cuando me decías que es cien mil veces mejor sufrir por una convicción, que matar por ella. En cuanto puedas, vuelve a mi lado. Si decides no volver, lo entenderé. Cerrar heridas no es asunto fácil. Te lo ruego, no te conviertas en un resentido, de esos ya hay muchos en este maldito país. Tú aún puedes construir un relato claro y limpio. Eres joven, y como bien me decías; solo se puede aprender de la juventud. Mi amor, tienes la obligación de opinar. Eres un hombre selecto porque exiges más que los demás. Porque no te rindes. Tarde o temprano estaremos obligados a escucharnos y a respetarnos. Tienes que hacer la historia mirando hacia delante, no con la cabeza vuelta hacia el pasado. Has sido el mejor padre del mundo, y lo volverás a ser. Tarde o temprano, los huesos golpearán con fuerza infinita a la puerta de la justicia. Tu Adela bonita.

Hombre: ¿Por qué? ¿Qué os hizo una pobre chiquilla? España es un manojo de rabia y odio, rencor y envidia a espuertas. Pero ser odiado en España, es señal de triunfo. Así somos. ¡Nos habéis robado un hijo! Adela, somos sombras de un recuerdo amable que duele, que duele muy en lo profundo.

Radio: *(Voz de mi Adela.)* Eh, mi niño, intenta alegrarte. Borra de tu rostro esa triste sonrisa que tanto te lastima. Tenemos que aprender a vivir con esa herida. En nuestro recuerdo vivirá el hijo que nunca tuvimos.

Hombre: Mi amor, no pienso rendirme. No nos va a ganar. Así no. Voy a hacer lo que mejor se me da.

(Se sube sobre la caja de madera.) Camaradas, a la guerra le quedan cuatro días. ¡No hagáis la guerra! Solo las ganan los ricos[10]. Si yo pudiera, detendría esta carnicería ahora mismo. Esto no lleva a ninguna parte. Aquellos que nos lanzaron a este sindiós, deben responder de sus actos. Los miserables que crearon el mundo en siete días, con sus dioses y sus leyes, no arderán en el infierno, pues lo han comprado. Saben que todo se compra y que todo se vende.

"¡Se vende miedo, se vende!",
vocean en el mercado.
"¡Vendo nervios y sufrimiento,
amargura, inquietud y abatimiento,
sobresalto, estupor y agotamiento.
Pánico, ansiedad, amenazas y resentimiento,
recelo, sospecha, cegamiento,
envidia, enojo y azoramiento!
¡De todo, vendo de todo!"
Se le acerca una clienta:

[10] Rafael Gómez. Último superviviente de la compañía: La 9.

"Quiero algo de valentía,

cuarto y mitad de empatía,

varios gajos de amnistía,

y un saquito de buenas garantías.

Tres bocanadas de ayudantía,

una pala de alegría,

tres ramilletes de cortesía,

y unas gotas de poesía".

El furioso vendedor, le increpa:

"¡No vendo nada de eso!".

La clienta se despide diciendo:

"Es evidente, que entonces, solo vende miedo…".[11]

Radio: ¡Qué bien te ha quedado! Para representar a la mayoría no es necesario vivir como la mayoría, ¿o sí? Gente de corazón grande y bolsillo chico es lo que hace falta. Gente que mire por la gente. ¡Sigue, que te van a escuchar!

Hombre: ¡Compañeros! ¿Hay alguien honrado aquí? Repito, ¿hay alguien honrado aquí? Por favor, ¿no hay nadie que se sienta íntegro?

(Silencio. Se sienta en la caja.)

Mis compañeros de trinchera me miraban raro. Me miraban mal. No entendían nada. El mando superior decidió mandarme a la primera línea

[11] Poema inspirado en el poema *Lo vendo todo (Ciudad laberinto)*, de Pedro Mañas.

de fuego. ¡Allí me escucharían! Por segunda vez en mi vida, no era consciente de lo que estaba por llegar. Había otra guerra por descubrir.

Radio: Jilguero, ¿ves ese grupo de piojoso a las tres en punto?

Aquí Jilguero. Localizados y encarando morro, Colibrí.

Jilguero, ábrete un poco más y los cogerás agazapados bajo esos matorrales.

Recibido Colibrí. Alla vamos. *(Ráfaga de ametralladoras.)*

Mira cómo se revuelven. Jodidos perros. Jilguero, ¿hacemos una segunda pasada?

Mejor los esperamos al otro lado del valle, no sea que les dé tiempo a montar la antiaérea.

Vale Colibrí. No te gusta el riesgo, ¿eh?

No me gusta el rollo este que te traes con los nombres de pájaros, Jilguerito.

Colibrí, mira ese otro grupo. Hoy estamos de suerte. Una pasada en aspa y los freímos a todos. *(Ráfaga de ametralladoras.)*

Hombre: Ale, pa' Valencia. Me empaquetaron en un batallón que se dirigía hacia el levante. Me dieron algo más de munición y un poco de comida. Al principio todo iba bien pero cuando entramos en territorio enemigo… Iba en el tercer camión, cuando una mina hizo saltar por los aires al primero. Solo sobrevivió uno que había decidido tomar el sol sobre el remolque.

Voló tan alto que acabó en la copa de un pino. A partir de ahí hicimos el camino a pie. Nos fuimos encontrando a mucha gente muerta en las cunetas. Algunos con el cuerpo lleno de balazos; la mayoría con el tiro de la falange entre los ojos.

Radio: ¿Hay humanidad en algo así? Tú puedes cambiar las cosas. ¿Dejarlos tirados en cualquier parte, es la solución? Tienes que enseñarlos a convivir. ¡No te rindas!

Hombre: ¡Nunca lo he hecho! Aguantar aquí dentro es mi forma de resistir, es mi proyecto.

Pensé en desertar, lo reconozco. No se hubieran dado ni cuenta. A veces tropezábamos con campesinos que habían tenido que huir de sus casas. Cuanta miseria e injusticia en aquellas vidas menguadas. La mayoría no sabían ni quién les disparaba. No entendían nadan. Los más, iban cargados con provisiones de boca y ropa, mientras que otros se presentaban solo con lo puesto y acumulada el hambre del camino. Inquilinos de la vida que caminaban con la incertidumbre a cuestas y la escarmiento a flor de piel. Como me habían dado algunas raciones de más, no dudé en compartirla con esa pobre gente. Dos días antes de llegar a Valencia, nos quedamos sin comida. Y seguían los muertos en las lindes. El hedor era inaguantable.

Radio: Caminante no hay camino, sin muertos sobre los que caminar.

Hombre: Apunto de llegar a Valencia caímos en una emboscada. Quedamos con vida la mitad de la compañía y yo. La verdadera guerra comienza cuando caes preso. Nos llevaron a una estación de tren donde había más detenidos.

De tanto en tanto caía una buena hostia. Nos introdujeron en vagones destinados al transporte de ganado. Donde habitualmente cabían cincuenta vacas, nos metieron a trescientos hombres y, una vez bien empaquetados, cerraron las puertas dejándonos casi sin aire para respirar. Viajamos así durante dos días y dos noches; sin agua y sin comida. Al tercer día, abrieron las puertas. Habíamos llegado al infierno. Hasta ese momento yo no sabía de la existencia de campos de concentración. El Gulag español, lo llamaban. No sé cuánto tiempo estuve, la verdad. Lo que vi allí… Me haría falta otra vida para poderlo explicar. Las fuerzas que nos custodiaban, nos trataron muy mal. Los únicos que tuvieron algo de compasión fueron los marroquís, cosa que no dejaré de agradecerles nunca.

Radio: No te quejes tanto. A ti la muerte nunca te dio miedo. Tú siempre decías: si hemos nacido para morir, pues a morir se ha dicho. Pero te libraste. La suerte está por encima de cualquier persecución.

Hombre: ¿Me libré? Ante la muerte; el inocente agradece y el culpable maldice. A lo mejor debería haberme quedado en mi pueblo…

Radio: A lo mejor hubieras sido uno más en las cunetas.

Hombre: Uno de tantos…

Un día nos sacan del campo de concentración y nos suben a un camión. *¡Os llevamos a trabajar al frente! ¡A cavar trincheras!* A mí aquello me olía mal. Por casualidad, me sentaron el último y en una curva cerrada aproveché para saltar del camión.

Radio: El mundo es un lugar peligroso y tenías que aprovechar cualquier oportunidad. ¡Corre! ¡Sálvate!

Hombre: Solo recuerdo correr, correr como nunca en mi vida lo había hecho antes. Me disparaban. Sentía las balas, pero no acertaron a darme. Al poco, se subieron a los camiones y se fueron. Tenían exceso de mano de obra.

Ahora era yo el que caminaba sin rumbo por los caminos de España. Tenía que volver a Madrid. Para mí la guerra ya se había acabado. Encontré a una pareja de campesinos muertos. Les quité la ropa y tiré lo que una vez fue mi uniforme. Por el recorrido que hacía el sol, supe rápidamente que estaba en el sur de España. Caminaba por las noches. Siempre campo a través. Dormía un poco entre las hierbas, cuando podía, y siempre de noche, muerto de frío. Y dormir, lo que se dice dormir, no dormía más de una hora seguida. No se puede dormir con el cuerpo lleno de cuidado. Perdí el sentido del tiempo. Tenía que llegar a Madrid. Era mi única posibilidad. Comía hierbas del campo. Una vez intenté comerme una rana cruda pero no fui capaz. Me daba miedo hacer fuego, y mucho más acercarme a cualquier pueblo. Una mañana, vi a lo lejos un destacamento. Eran de los míos. Me acerqué y les conté lo que me había sucedido. Ellos también volvían a Madrid. Me dijeron que la cosa se estaba complicando. La última partida, se jugaría en la capital. Fui directo a la enfermería y estuve cuatro días seguidos durmiendo. Bueno, eso me dijo una enfermera que me recordó a mi Adela. Yo no quería, pero dos días después estaba en el frente otra vez. Pero aquello ya no era guerra ni era nada. Todo era un caos.

Radio: Soldado.

Si mi capitán.

Avisa al cabo de tu batallón, que cada uno se vaya por donde pueda. Esto se ha jodido para siempre. Has tenido suerte.

Hombre: ¿Suerte? ¿Suerte? ¿Dónde ve usted la suerte? ¿Otra vez a huir? No me jodan, pero si ya han ganado la guerra. Que juzguen a los jefes y luego todos a vivir.

Radio: ¡Que ingenuo! El mundo es un lugar demasiado peligroso para vivir.

Hombre: Decidí irme al teatro donde pasé tan buenos momentos. Pero cuál fue mi sorpresa al llegar; el teatro había sido bombardeado. Solo quedaba en pie una parte del escenario y cuatro butacas. Era una imagen terriblemente bella. Todo lleno de escombros, pero el telón se resistía a caer. El espectáculo no había terminado aún. Me senté en el escenario y esperé. Solo me quedaban fuerzas para esperar.

Radio: *(A este discurso se le sumarán otros fragmentos de los ya escuchados.)* En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Yo quisiera, españoles, que la unidad sagrada que alienta en vuestro común entusiasmo, y en el fervor por la obra de nuestros combatientes, no decaiga jamás; ha sido la base de nuestra Victoria, y en ella se asienta el edificio de la nueva España. Yo no puedo ocultaros en este día los peligros que todavía acechan a nuestra Patria. Terminó el frente de la guerra, pero sigue la lucha en otro campo. La Victoria se malograría si no continuásemos con la tensión y la inquietud de los días heroicos, si dejásemos en libertad de

acción a los eternos disidentes, a los rencorosos, a los egoístas, a los defensores de una economía liberal que facilitaba la explotación de los débiles por los mejor dotados. ¡Arriba España![12]

¡Manos arriba! Ponte de pie, que nos vas a acompañar a dar un paseo. Baja del escenario, artista.

Hombre: Acabo en un cuartel de los falangistas. Nada más llegar, me pegan una paliza. Aquí no me toman declaración ni nada. Un palizón. Eran tres. Cuando uno se cansaba, se apartaba y me cogía el otro.

Radio: Déjamelo, que ahora voy a acabar con él.

Hombre: Y así uno tras otro. Tres eran. Cuando me soltaron en el calabozo, mi cuerpo era negro como el de los negros, tenía toda la carne como una albóndiga.

Radio: Teatrero, haznos reír un poco. Cuéntanos unos chistes.

Hombre: Y venga golpes. Por la noche, medio ido, me dejan marchar. Creyeron que les conduciría a algún escondite secreto. Como no sé a dónde ir, vuelvo al teatro. Nunca imaginé que iría hacia el teatro en ese estado. Esas cosas no se piensan hasta que suceden. Andaba pegado a las paredes porque tenía las piernas en malas condiciones. Solo quería llegar al teatro, quería morirme en el escenario. Otro grupo me encuentra por el camino. Me agarran y a otro cuartel. Uno más pequeño y más sucio. En el calabozo éramos unos quince.

[12] Discurso pronunciado por Francisco Franco en el desfile de la Victoria. Madrid 19 de mayo de 1939.

Radio: ¿Quién te ha pegado?

Unos compañeros vuestros.

Algo habrás hecho.

Hombre: Y empiezan a pegarme otra vez. Ahora eran más de tres y también pegaban fuerte, solo que ya no me dolía. Yo estaba que no sentía los golpes, era como un muñeco de goma. Desde este calabozo conocí todos los calabozos del mundo. Sentí el dolor de todas las carnes golpeadas.

Radio: La historia la escribe el que gana con la sangre del que pierde.

Hombre: Cuando se cansaban de uno, cogían a otro. No sé qué era peor. Me dice un compañero: *¿Sabes por qué nos pegan tanto? Han pasado mucho miedo. Cada golpe que nos den, es una lágrima que se han guardado en el corazón*.

Llegó uno que parecía saber lo que se hacía. Nos hizo sentarnos en sillas, uno junto a otro. No me atreví a mirarlo a la cara.

Radio: Al que se caiga de la silla, le pego un tiro aquí mismo.

Hombre: Reconocí su voz. Era el director de mi grupo de teatro. No era posible, ese hombre tenía sensibilidad. Empezó a golpearnos detrás de la cabeza. Puño de hierro le llamaban. Ninguno caímos. Éramos los perdedores, pero nos podían las ganas de vivir. No sé si me reconoció, pero creo que me pegó más flojo que a los demás. Que ingenua torpeza emocional.

Radio: Quieres salir de aquí, ¿verdad? ¿Os gustaría estar ahí fuera? Con vuestras novias, con vuestras mamás. Solo un milagro hará que volváis a ver la luz del día.

Que te confieses.

No tengo nada que confesar.

Por el amor de Dios, confiésate y entrégate a Dios con la conciencia tranquila.

Mi conciencia está muy tranquila padre. Es la suya la que está manchada.

Rojo de mierda, confiesa o voy a seguir dándote hostias hasta mañana.

No tengo nada que confesar. Si existe Dios, sois vosotros los que tendréis que pedirle perdón.

Hijo mío, ¿no ves que el demonio está en ti?

No padre, en mi está la injusticia de su predicamento. Usted tendría que pararles los pies, es usted un cobarde por dejar que nos hagan esto.

Hombre: Los gritos, los llantos de los que apaleaban por no confesarse, se oían por todas partes. Noche tras noche, día tras día…

Radio: Vais a correr la misma suerte que vuestra puta ideología. Un inútil puede prescindir de las manos, la lengua y los ojos. Los holgazanes sois así. Este país no necesita escoria comunista para ser un gran país. Un imperio, como Dios manda, no puede oler a podrido, a mierda libertaria. Estoy de

derechos y constituciones hasta los cojones. Este país necesita hombres con hambre. Hombres de navaja afilada.

Hombre: Y me desmayé. No lo recuerdo muy bien. Cuando desperté, estaba rodeado de cadáveres. Eran los compañeros del calabozo. Todos muertos. Nos habían dejado tirados a las afueras de Madrid. Era mi última oportunidad. Supongo que me dieron por muerto, o quizá Puño de Hierro me reconoció y se apiadó de mí. Da igual; se había obrado el milagro de nuevo. En ese instante, se me despertaron todos los instintos de sobrevivir. Con mucho cuidado y medio muerto, me dirigí a mi pueblo. Me disfracé de mendigo con un saco viejo. Me tocaba interpretar el mejor papel de mi vida. De repente me encuentro con un grupo de soldados y se me ocurre hacerme el borracho. Ya de lejos les iba diciendo *¡Arriba España!* Ellos se reían. Uno se me acercó y me dijo: *Sé muy bien que no eres un mendigo, pero te voy a dejar con vida para que ensalces a los vencedores*. Lo miré a los ojos, y con el poco valor que puede reunir le dije: *Goteará la sangre sobre la piedra, y ésta, con el tiempo, se tornará corazón. El corazón, al sentirse lastimado, se preguntará: ¿quién me ha herido? Y la tierra le recordará todos los detalles. ¡Arriba España!*

Solo pensaba en volver a ver a mi Adela. Nos habían pasado muchas cosas, pero la seguía queriendo como el primer día. Pensaba en sus labios, sus manos… A un par de noches de mi Adela, me encontré con un grupo de milicianos. Me contaron que malvivían en la sierra cercana a mi pueblo. Por la noche bajaban y cogían lo que podían. Cada noche dormían en un sitio distinto. No tuve más remedio que irme con ellos. No podía llegar sin

más. No me iba a dejar coger otra vez. De día, dormíamos. Nos relevábamos para hacer las guardias. Todos contaban historias de la guerra. Inventadas la mayoría. Yo nunca conté nada. No quería asustarlos con demasiada verdad. Yo les hablaba de la vida.

Radio: Muchachos, si la guerra es una cosa que se hace, la paz también hay que hacerla, también hay que fabricarla. En cuanto podamos, tenemos que cambiar las cosas sin las armas. Da igual cuanto nos hayamos dañado, da igual cuanto nos hayamos odiado, estamos abocados a compartirnos. Creedme, ni existe ni existirá una sociedad sin contradicciones.

Hombre: Que buenos tiempos aquellos. Nos reíamos mucho. Eran buena gente. Nos llegamos a hacer famosos en la zona. Esa fama hacía que nos buscasen con más ahínco. Los que trincaban, o se dejaban trincar, daban pelos y señales de quiénes éramos y qué armas teníamos. Eso nos vino bien, porque alguna gente valiente, nos ayudó con provisiones. Yo me conocía muy bien aquellos parajes, y como siempre nos estábamos moviendo, pues no pudieron arrestarnos. Nos llamaban La Milicia Invisible. La región sabía de nosotros y, por ende, nuestras familias y mujeres. Mi Adela sabía de mí, pero yo aún no hacía nada por acercarme, no quería comprometerla. Fue una buena época para la camaradería, aunque no todos eran trigo limpio. Un día apareció un "espontáneo" que nos vendió la patraña de que se había escapado de su pueblo porque lo iban a fusilar. Un embuste. Ya me lo recelé yo nada más verlo. Preguntó quién era el jefe y todos me miraron a mí. La verdad, ese tipo era un holgazán que había robado cuatro o cinco

chivos y lo buscaba la Guardia Civil para encerrarlo. Cuando lo supimos era tarde; el fulano se nos marchó vivo y nos delató a todos.

Radio: Por él metieron en la cárcel a criaturas inocentes. Menudo hijo de la gran…

Hombre: Íbamos el Isidoro, y yo a lo alto de un risco a por un cepo, cuando de repente me percato de una bandada de palomas. Estuve a punto de tirarles, pero me extraño que las palomas al llegar a una picota dieran un bandazo. *Esto me huele mal. Isidoro, no hagas ruido…creo que estamos rodeados.* Los pájaros, que no son tontos, debieron ver un centenar de hombres y dieron la vuelta bruscamente. Isidoro y yo bajamos corriendo a la cueva. *Alonso, despierta. Que estamos rodeados.* Al lado de la cueva había un callejón de piedras por el que subíamos, siempre ocultos. Miré por un agujerito y ya tenían a la mayoría presos. El "espontáneo" estaba enviando hacia nuestra posición al grupo de Guardias Civiles y Falangistas. Menudo sinvergüenza. Si llegamos a entrar en el callejón, no lo contamos. Cogemos los tres y nos vamos para un altico, un pico limpio, cuando de pronto; *brrrrrrrrr*, suena una descarga cerrada de mosquetón, fusil y escopeta. La madre que los parió. Me dieron un tiro en la alpargata. Había cerca una roca y nos lanzamos detrás de ella, pero no cubría lo suficiente. Y venga a disparar. Salían nubes de polvo de la roca. Pegarían lo menos doscientos tiros. Era el despuntar del sol. *Muchachos, nos ha llegado la hora. O escapamos cada uno, por un lado, o nos rodean y nos matan a bocajarro.* Cogí mi boina y la levanté con una rama, a ver qué pasaba. Ya llevan un rato sin disparar. *Por lo menos los entretengo y les hacemos gastar munición.* Y venga tiros y más tiros, pero todos a la piedra, ninguno a la

boina. A la boina no le dan, pero como saque la horma, le aciertan de lleno. Me asomo despacito, con tiento y veo un destello de tricornio. *Brrrrrrrrrrrrrrr, brrrrrrrrrrrrrrr,* sonaba de entre las matas. Estábamos jodidos, pero ellos no se fiaban. Por algo nos llamaban La Milicia Invisible. *Muchachos, que tengáis suerte. Yo me voy hacia arriba. Si os trincan, miradlos a los ojos. Suerte camaradas.* Y me enfilo como un galgo. Ellos, venga a disparar, pero no aciertan. Cuando había subido unos ciento cincuenta metros, me tiro al suelo y respiro hondo. Estaba a salvo. Levanto la cabeza y veo como rodean la piedra. Los muchachos levantan las manos y les detienen. Menos mal. Una vez los tenían atados, les muelen a palos. Vaya panda de guarros. Cogí mi fusil y me fui a toda velocidad. Si salgo de esta, tendré una buena historia que contar. Al llegar a un cruce de caminos, me metí en un risquillo de piedras, donde había un parapeto.

Radio: Y dices que no tienes suerte. Tarde o temprano la vas a diñar, pero mientras te quede una bala, no te rindes jodio'. Llevas todo el día sin probar bocado ni beber agua. Ya es de noche. Parece que no hay nadie. ¿Qué vas a hacer? Anda, vete a ver a tu Adela.

Hombre: Me acerqué a un viñedo de la familia de mi Adela. Allí había una chocilla donde guardaban cuatro aperos. Podría decir que literalmente ahí empezó mi mengua.

Radio: Ya estamos con el victimismo.

Hombre: Estuve esperando un par de días hasta que apareció su padre. Al pobre hombre casi le da un infarto al verme. Era un buen hombre y entendió, sin más. Al día siguiente vi a lo lejos como mi Adela se acercaba.

Radio: Si la guerra da miedo, el amor da pavor. ¿No irás a huir ahora?

Hombre: Venía con su madre y con unas ovejas como excusa. Su madre se quedó vigilando en el camino.

Radio: *(Voz de mi Adela.)* Hola. Toda la región sabe de vuestras hazañas. Eres un héroe para muchos. Me gusta que no te hayas rendido. Siento decirte esto, pero no quiero que nos volvamos a ver. No puedo comprometer a mi familia. Bastante hemos sufrido ya. Te traeremos comida y abrigo hasta que tengas donde ir. Es la mejor manera en la que te puedo querer. Eres un hombre bueno, no lo olvides nunca. Siempre seré tu Adela y tú mi amor.

Hombre: Me besó y se fue con las mismas.

R y H: Adela, dame un beso. ¿Pero por qué no? Como te vas a quedar embarazada con un beso, mujer. Juro que te querré siempre. Pase lo que pase. Que sí, mujer. Y aunque llueva y truene. Que sí. Y si hay una guerra nos buscaremos y nos casaremos. Te lo juro, pero dame otro beso. Un beso tuyo bien vale una guerra. Que la muerte nos encuentre con los labios trenzados.

Hombre: El amor más puro es el que nunca se llega a materializar. El tío de mi Adela, me contó porque no me persiguieron los malnacidos de la emboscada. El alcalde del pueblo tenía preparada una fiesta para los guardias. Con putas y orquesta. Como ya tenían matado el cordero, el vino

a la fresca y las putas calientes, decidieron que mejor me buscaban otro día; así repetían la comilona.

Radio: No fue solo por eso, malpensado. Como no diste señales de vida, la Guardia Civil pensó que alguno de los cientos de tiros te habría herido de muerte. Esta vez fue un festín el que te salvó la vida.

Hombre: Durante un tiempo, tuve tres guardianes magníficos. Tres chuchos de monte que me regaló mi Adela. Los tenía atados a diferentes árboles. Por sus ladridos sabía si se acercaba un hombre o una bestia. Se llamaban Alegría, Libertad y Revolución. Les echo mucho de menos.

Un día, el tío de mi Adela vino y me dijo que la Guardia Civil había estado en su casa preguntando por mí. Vi el miedo en sus ojos.

Radio: ¿Qué quieres? El alcalde actual, el hijo de Don Florentino, te la tiene jurada. Tienes que irte de aquí.

Hombre: No podía comprometer a mi Adela ni a su familia. Bastante habían hecho ya por mí. Tuve una idea. Le pedí al tío de mi Adela que me trajese ropa negra de mujer. La noche de ánimas estaba cerca. Una procesión nocturna para honrar a los difuntos. Me haría pasar por una viuda más.

Radio: Ahora sí que sí. Tu última y mejor interpretación.

Hombre: Bajé hasta la entrada del pueblo y me sumé a la procesión. En el palco frente al ayuntamiento; el alcalde, su padre, el cura, La Guardia Civil y la Falange. Me temblaban las piernas. Estaban tan embebidos de poder, que no podían imaginar que yo estuviera delante de sus narices. El corazón se

me salía por la boca. Y allí estaba mi Adela. Radiante como las estrellas del firmamento. Guapa como el vilo de una lágrima. El último paseo por el pueblo que me vio nacer. La plaza donde todo comenzó. De repente, el paso se detiene y mi Adela…

Radio: *(Voz de mi Adela cantando por Saetas.)*

Cuando tu historia se cuente,
el pobre sabrá que ya no está solo.
Me duelen los ojos de ver tu triste agonía,
pero no me arrullo ante las tinieblas del mal.
Todo lo contrario, la profecía se cumple,
los pulsos se paran y te dicen adiós valiente.
Te quiero, vida mía. Te adoro mi amor redentor.

Hombre: Mi Adela, mujer valiente donde las haya, burlaba al miedo y me decía: te quiero valiente. Nuestros labios seguirían trenzados para siempre. Nos despedíamos en secreto frente al mundo.

Radio: Hazlo por ella. Sal de este agujero. Ella te está esperando.

Hombre: Seguí caminando y cuando estuve cerca de mi casa, me separé de la procesión y salté la tapia de la casa de mis padres. Esperé sentado en el patio a que volvieran.

Radio: Las estrellas y la luna siguen ahí mismo.

Hombre: Cuando entraron casi se mueren de la impresión. Me vieron vestido de negro y pensaron que era la muerte que venía a por ellos. Esa misma noche, cavé este agujero.

(Suenan, lejanas, doce mortuorias campanadas.)

Hombre: Doblan las campanas. Como cada noche. Como la noche en la que llegue hace veinticuatro años. Veinticuatro largos años en los que en este maldito país solo se ha sembrado odio, terror y miseria, para tristemente cosechar un manojo de miedo. Miedo, miedo, siempre el miedo.

Radio: ¿Qué esperabas? Ganaron la guerra, se aseguraron la retaguardia. ¿A quién van a temer?

Hombre: Cometieron un error. La sospecha constante, la intranquilidad, consume por igual a vencidos y vencedores.

Radio: Deja en paz a los muertos, no remuevas las heridas del pasado. La sangre se seca y desaparece…

Hombre: Sin pasado no hay futuro, ¿o es qué no lo entiendes? No sé la cantidad de cuartillas que he consumido apuntándolo todo. Pero al final, la humedad y el tiempo se las han ido comiendo. Como a estas arrasadas manos. Sin embargo, no les guardo rencor. No sé cómo odiar a mis hermanos. Los mejores años de mi vida los he pasado en este agujero. Y lo asumo.

Radio: A ver si ahora va a resultar que tu penitencia es vivir.

Hombre: Hasta la miseria hay que merecerla. Estoy lleno de la repugnancia que me inspira la vida, eso no lo puedo negar.

Radio: No te engañes. El problema no es que estés encerrado. El problema es que te sientes ausente, te sabes el ausente.

Hombre: Creo estar aislado en este agujero, pero quizá me equivoco y lo que estoy es muerto. Tirado en una fosa muy profunda, muy honda, para que nadie me encuentre. Como una larva, albergo en mi interior una mariposa, pero esta no tiene lugar al que ir porque ya ni las palabras están a salvo.

Radio: El lenguaje nunca dio para tanto[13]. Pero esa no es toda la verdad, y lo sabes. Deja en este agujero todo eso que tanto odias.

Hombre: No empieces con eso otra vez. ¡Déjame en paz! Desde este hoyo conozco el mundo entero. Todas las raíces del mundo están conectadas a mi piel. Sé de la modernidad, aunque ésta siempre llega tarde.

Radio: ¿Por qué eres tan pesado? Sí, vale, el siglo que viene reclamará todos los recuerdos y éstos huirán. La memoria amontona el pasado en lágrimas que una vez vendimos. Aun así, recuerda: hoy es siempre todavía[14].

Hombre: No pinto nada en el ahora. Me he rendido. *(Acaba con las obsesivas rutinas que le puedan quedar y prepara su camastro.)* Mañana construiréis un mundo que se reinventará constantemente. Un mundo insatisfecho donde poseer será la norma, como en mi época. Un mundo donde el lujo reemplazará a la autoestima. Donde compraréis cosas que no se pueden tocar. No habrá otros contra los que luchar, pues ese "otro" al que tanto odiaréis, será una parte asustada de vosotros mismos. Mañana, la mayoría,

[13] *La rebelión de las masas*, de José Ortega y Gasset.
[14] *Proverbios y cantares*. Antonio Machado.

estaréis conectados hacia el exterior, mientras vuestro interior es una incubadora de soledad sin abrigo posible. En breve, todo estará lleno, será imposible encontrar un hueco. Yo por suerte tengo el mío. Mañana todo serán conexiones, dígitos, que olvidarán el esfuerzo que otros hicimos por vosotros. Se agravará la distancia mientras os extirpan la querencia de tocar. Y cada noche, volveréis al mismo punto de partida, saciados de una gran cantidad de nada.

Radio: Te equivocas en una cosa: la vida nunca se rinde.

Hombre: Tengo sueño. *(Poco a poco se desviste y se tumba.)* Necesito descansar. Ay del día en el que la vida se rinda.

Radio: El desafío es envejeced con el orgullo intacto.

Hombre: La historia humana es un cementerio de sueños por cumplir.

Radio: Tú me lo enseñaste: la clave es el tiempo. Atesorar tiempo porque lo material, al fin y al cabo, solo se consigue con el tiempo de la vida. La vida es un regalo. ¡La vida es una aventura!

Hombre: La vida es una guerra.

Radio: Escúchame, el dinero nunca gobernó tu corazón. Has vivido como una minoría valiente, no te rindas ahora. Has sido muy feliz con lo básico y necesario de la vida.

Hombre: Y, aun así, no ha sido suficiente. Quiero dormir…

Radio: Cuándo exhales tu último aliento, nada habrá valido la pena.

Hombre: Me robaron la libertad.

Radio: QUÉ NO TE ROBEN LA VIDA ¡¡NO COMPRES MIEDO!!

Hombre: Fuera acecha la vida…

(Silencio. El hombre se ha quedado dormido.)

Radio: Estremecidos, pálidos aún de inquietud, permitamos respirar un instante a la paz aterrada y en breves palabras dejad que os anuncie nuevas luchas que van a emprenderse en lejanas orillas.

(Lejano, se oye el hiriente llanto de un bebé al que le cuesta nacer.)